



# Iglesia sinodal y misionera\*

Gloria Liliana Franco Echeverri, ODN<sup>a</sup>

## A modo de introducción

Me alegra estar en esta universidad que de tantas maneras ha contribuido a la transformación de nuestro país. No puedo estar aquí sin hacer memoria de un hombre, quien encarna –en mi parecer– el espíritu de la sinodalidad: el padre Gerardo Remolina. Lo conocí siendo juniora, cuando fue a darnos unos Ejercicios Espirituales. Todas mis hermanas hablaban de su sapiencia, sus títulos, su preparación... Yo, desde el primer momento, vi un hombre de figura quijotesca, radicalmente sencillo, profundamente bueno. La memoria de quienes nos han precedido es inspiración en el momento de desear vivir el espíritu de la sinodalidad.

Las imágenes que presento dan cuenta del proceso, de ese itinerario en el Espíritu que ha sido posible recorrer con la conciencia de que somos pueblo de Dios.

El papa Francisco y la Comisión Teológica Pontificia han venido a recordarnos que “el camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio”.

El referente primordial en este hoy del mundo, de la Iglesia y de una universidad católica debe ser, sin lugar a duda, Jesús de Nazaret. Lo que hace el espíritu de la sinodalidad es volvernos la mirada a él. Eso nos lo enseñan las mujeres de la pascua,

\* *Lectio inauguralis*, Facultad de Teología, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 11 de febrero de 2025.

<sup>a</sup> Religiosa de la Orden de la Compañía de María Nuestra Señora. Doctora en Teología y Magistra en Teología Bíblica de la Universidad Pontificia Bolivariana. Hermana Sinodal. Presidenta de la Conferencia Latinoamericana de Religiosos, CLAR. Participa de los Equipos Teológicos de la Conferencia Episcopal de Colombia y del Celam.

“las del alba”, las de la más radical osadía, las que sostienen la esperanza, aferradas a la promesa; las que caminan rompiendo la noche y en estado de misión le abren boquetes al Espíritu, para que pueda entrar y fecundarlo todo. Ellas supieron mantener la mirada fija en él y justamente en tiempos de crisis se apasionaron por la vida e hicieron de su anuncio una fuente de vida nueva que les renovó la esperanza.

En el espíritu de la sinodalidad hay cinco claves fundamentales que son imprescindibles:

- *El arte de escuchar.* Para prestar oído a las invitaciones que nos hace el Espíritu, aprender a escucharnos recíprocamente como Iglesia, como comunidad, como familias carismáticas, en la diversidad de ministerios y carismas, y buscar juntos la voluntad de Dios. Esta es escucha desde la misericordia, al modo de Jesús, quien ungido por el Espíritu anunció la Buena Noticia a los pobres (cfr. Lc 4,18). Se trata de aprender a escuchar como él, para asumir la plenitud de la vocación desde una vivencia espiritual que nos conduce a la misericordia.
- *La mirada contemplativa de la realidad* para que, inspirados por el Espíritu desde la hondura de la vida, recreemos la centralidad de nuestro seguimiento a Jesús y un renovado compromiso místico-profético-comunional con los más empobrecidos y excluidos.

Caminar en condición de hermanos es un arte que requiere atención a la vida, mirar la realidad como la mira Dios, conscientes de que es él quien nos confía distintos servicios: formación, economía, ministerios apostólicos... En todos estos nos invita a ofrecer lo mejor de nosotros mismos; y lo mejor siempre es lo más auténtico, lo que se gesta en la hondura y se madura en dinámica pascual.

- Para acoger la nueva propuesta de vida que Dios nos hace personal y comunitariamente es urgente *desaprender las formas antievangélicas* de ser Iglesia e intuir los signos de su presencia viva, en las “albas de cada amanecer” de esta hora histórica. Se trata de aprender e incorporar el modo de Jesús, porque en todo servicio nos debe impulsar la osada misericordia. En docilidad al Espíritu nos corresponde recrear, renovar resignificar y transformar la vida, abrazando la misión confiada.
- *Itinerancia existencial y geográfica.* Esta surge de una vivencia interior profunda, nos lanza por los caminos, a la intemperie, y nos dispone a “arropar el misterio de la vida”. Existir en estado de misión supone caminar, abrir nuevas sendas y levantar ánimos, renovar la confianza, entusiasmar a los demás, abrir horizontes a la esperanza, ayudar a que crezca la alegría y sea posible vivir con renovado entusiasmo el carisma, el ministerio y la vocación recibida.

- *Salida misionera en intercongregacionalidad e interculturalidad.* En el buen servicio misionero no prima tanto la organización y la administración de las estructuras, cuanto ayudar a renovar la pasión misionera y la certeza de la llamada de Jesús. El desafío fundamental es mantener vivo el carisma, lo cual supone abrirse a la riqueza de la pluralidad y acoger los caminos de la intercongregacionalidad y la interculturalidad, como fuente de riqueza y signo de los tiempos.

Desde ahí invito a que nos situemos en esta reflexión sobre la espiritualidad sinodal y misionera, conscientes de que este hoy de la historia requiere que seamos hombres y mujeres de discernimiento, testigos y profetas de cercanía y compasión.

## La vida al ritmo del Espíritu

El hoy de la Iglesia no es cuestión de teoría sino de vida; no se trata tanto de asambleas y documentos cuanto de decisiones, conversión y reforma... Se trata de vida al ritmo del Espíritu. La pneumatología atraviesa todo el proceso sinodal, porque es el Espíritu quien configura el rostro de la Iglesia y el tejido relacional que hace posible la comunión. A su ritmo, Dios se abre paso por la historia. Él acontece y surge la vida; tras su aliento se pinta de formas y colores la creación; en torno de él se fecunda el pueblo, se congrega la comunidad de los creyentes. Sin él no hay auténtico seguimiento de Jesús, ni *kairos* eclesial.

La sinodalidad no es una moda del papa Francisco; es la manera como el Espíritu nos recrea, volviéndonos al origen. La historia está habitada por el Espíritu, quien se abre paso para revelar la esencia de Dios, para contagiar de fortaleza, revestir de paz, lanzar con osadía y animar a la más radical profecía: la de ser hermanos. Sí, porque hoy, en este mundo roto y necesitado de reconciliación, la más radical profecía es ser hermanos.

La historia de la Iglesia se construye en el claro-oscuro de lo humano, en esa confrontación permanente entre fragilidad y gracia. Caminar en sinodalidad supone conversión; y la inmersión en los distintos contextos y culturas exige renovación de las actitudes, adecuación de formas, estructuras y estilos.

El vaciamiento que requiere la misión solo es posible si le hemos abierto el corazón al Espíritu. Por eso, lo primero en el momento de servir y abrazar la misión es pedir la sabiduría que nos hace amigos de Dios, la hondura que nos permite sintonizar con sus sentimientos, la libertad que nos conduce más allá de nosotros mismos y nos apasiona por Jesús y el Reino.

El Espíritu concede el don de la conversión, y esta supone discernimiento, atención a la realidad, capacidad de escuchar el clamor de Dios, en los gritos permanentes

que resuenan en la historia. La experiencia de saberse habitados por el Espíritu lanza más allá de los propios análisis y reflexiones. Supone situarse en contexto, dejarse conmover por la realidad y reconocer que, en ella, Dios se manifiesta y actúa. Esta certeza permea la eclesiología del papa Francisco quien –en sintonía con su formación ignaciana– da primacía al discernimiento y expresa un claro matiz pneumatológico en su cristología.

La acción del Espíritu crea la Iglesia. Él es el origen, el protagonista de la andadura eclesial. Él hace posible la comunidad. Es el Espíritu quien posibilita la experiencia de ser y sentirse hermanos; es él quien configura el rostro multicultural y lanza a vivir la comunión; quien en lo cotidiano anima a tejer el vínculo, la relación, la amistad, el afecto, e impulsa a quererse, creerse y cuidarse.

El Espíritu no tolera la uniformidad y por eso hace, en todos y en todo, el milagro de la diversidad. Lenguas, sensibilidades, colores, dones... Todo diverso y todo llamado a la unidad, todo plural y urgido de comunión. Es él quien va gestando conversión, sueños, deseos, horizontes apostólicos en el interior de la Iglesia. Él conduce a salir y da la gracia de no acomodarse, de no paralizarse ante lo que no se conoce o no se puede planear o controlar. Su impulso lanza más allá, a la geografía desconocida, a la frontera donde habita el más pobre, el migrante, el más enfermo.

## Sean uno

En este hoy de la sociedad y de la Iglesia estamos tentados a la polarización, la división. Hay quienes pretenden fragmentar la unidad. Por eso, hoy más que nunca, nuestra misión ha de llevarnos a ser guardianes de la unidad. Esta es un atributo que configura la identidad, que conserva la esencia, que asegura la armonía, que favorece pasar la prueba del tiempo. Donde hay unidad se constata sintonía, comunión en los valores y en los criterios. La unidad no excluye la diferencia, sino que justamente precisa de la diversidad y tiene como irrenunciable la experiencia dialógica que resulta del encuentro, la comunicación y el vínculo. Exige relación y el “cara a cara” de la gratuidad. La unidad se construye, y en ella hay lugar para la vulnerabilidad, la fragilidad y el límite; supone el ejercicio permanente de la reconciliación, del perdón; y exige desacomodarse, aprender.

En el espíritu de la sinodalidad vamos aprendiendo que la unidad no es posible donde hay soberbia, espirales de poder anquilosados, y menos todavía, donde no existe flexibilidad y apertura al Espíritu. La unidad es fruto de la acción del Espíritu y exige vivir lo que propuso el papa Francisco, en su carta con motivo del Año de la Vida Consagrada: “la mística del encuentro: ‘la capacidad de escuchar, de

escuchar a las demás personas. La capacidad de buscar juntos el camino, el método”<sup>1</sup>. Todo, a imagen de la Trinidad, como modelo de cada relación auténtica que rompe con la homologación.

En lo más auténtico del encuentro no se eliminan las identidades personales: cada uno llega al escenario de la relación con lo que es, con su historia y sus sensibilidades, permeado por una realidad y moldeado por una sumatoria de saberes y experiencias vitales. La marca de la propia identidad hace a cada persona portadora de un don, un carisma y un estilo concreto, todos únicos y diferentes.

Este hoy de la Iglesia nos recuerda que la misión más importante de los creyentes es trabajar por la comunión carismática, en la acogida de diversas ministerialidades, y en clave de esperanza. El desafío hoy es implicarse corresponsablemente en la misión, con la conciencia de que cada uno –laicos, laicas, sacerdotes, religiosas y religiosos– somos un don que enriquece al cuerpo apostólico.

## La Trinidad paradigma en la misión

Quienes nos sentimos convocados a la plenitud de la vivencia cristiana, debemos caminar inspirados por el estilo Trinitario. La Trinidad es comunidad de amor, ante la cual no caben las relaciones utilitaristas, mediatizadas por el miedo, provistas de intereses mezquinos. Ella encarna en sí misma un estilo relacional, ya de suyo circular, complementario y vital, como se evidencia en la icónica imagen pintada por Rublev<sup>2</sup>; sin embargo, como lo expresa Eloy Bueno:

No solo la Trinidad es el misterio del que brota todo amor verdadero (*AL 63*) sino la base y fundamento de la relacionalidad que caracteriza todo lo que existe, pues toda criatura lleva en sí una estructura y un dinamismo propiamente trinitario y está inserta en una trama de relaciones. La relacionalidad de todas las criaturas, la interconexión de todo lo que existe, la solidaridad global, brota del misterio de la Trinidad (*LS 239-240*).<sup>3</sup>

Toda relación inspirada en el estilo trinitario requiere de una nueva mirada contemplativa, más teologal y encarnada, más capaz de reconocer al Dios que acontece en el territorio de lo humano y que invita a la plenitud de la relación. Quienes tienen una experiencia profunda del Espíritu conducen siempre a sus comunidades a

<sup>1</sup> Francisco. “Carta apostólica a todos los consagrados con ocasión del Año de la Vida Consagrada (2014)”.

<sup>2</sup> Andrei Rublev crea en 1495 el ícono “ritmo trinitario”, inspirado en la hospitalidad de Abraham. Al conservar la técnica y formas de la tradición bizantina, expresa la oración sacerdotal “para que todos sean uno...para que el amor con el que me has amado esté en ellos” (Jn 17,21-23).

<sup>3</sup> Bueno de la Fuente, *Eclesiología del papa Francisco: una Iglesia bautismal y sinodal*, 84.

la renovación; son audaces y creativos e intentan prolongar la creación. No desestiman lo que encuentran, no se conforman con lo habitual y van siempre más allá, donde el Espíritu los conduce. El cambio, la innovación, la transformación necesaria, comienzan en la escucha de la Palabra y en el discernimiento de los signos de los tiempos, en la búsqueda del bien común, uniendo fuerzas y en fidelidad creativa al carisma recibido.

La Iglesia –y en ella la universidad– está hoy avocada, más que nunca, a un nuevo modo relacional más contextualizado, encarnado en la realidad, capaz de escuchar y hacer resonancia de distintas voces y ubicarse generando el dialogo fe-cultura, fe-ciencia y tecnología.

Será necesario reconocer, como lo enmarcan Bueno y Calvo, que una serie de actitudes han ido cerrando a la Iglesia y a nuestras instituciones y familias carismáticas en sus propios muros: todo lo que viniera de fuera, en principio, no solo era sospechoso, sino pernicioso y malo; se extendía un fuerte eclesiocentrismo que anhelaba poder seguir siendo el centro organizador de la vida de las personas y de las sociedades. A nivel espiritual se querían retomar carismas y modelos de otras épocas, con lo que llevaba de descontextualización vital de la fe e infravaloración de lo seglar; indicios genéricos pero que fueron creando un talante de huida del mundo y una excesiva sacralización de la misma Iglesia en sus estructuras históricas<sup>4</sup>.

En consecuencia, “la Iglesia fue perdiendo significación de cara a unos hombres y mujeres en unas sociedades determinadas que vivían desde otras ideas y valores, no necesariamente contrarias a la fe”<sup>5</sup>. Poner la mirada en la Trinidad como paradigma y expresión de toda auténtica relación será clave a la hora de liberar la Iglesia de actitudes obsoletas, anquilosadas y autorreferenciales, al momento de ensancharnos en la vivencia de un amor que nos trasciende y que supone cultivar la relación.

## La Iglesia pueblo de Dios, convocada a la sinfonía de la comunión

El rostro de la Iglesia es plural, un poblado variopinto, repleto de diversidad, pero desde el origen ha resonado con fuerza la llamada a “que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado” (Jn 17,21). Solo en adhesión a Dios y con conciencia de hermandad es posible la configuración del pueblo.

La eclesiología que configura esta coyuntura eclesial es la del pueblo de Dios. Con la expresión *pueblo de Dios* llegamos a las entrañas del Concilio Vaticano II y

<sup>4</sup> Bueno de la Fuente, y Calvo, *Una Iglesia sinodal: memoria y profecía*, 20-21.

<sup>5</sup> *Ibíd.*, 21.

también al corazón de la fe israelita. En el fondo puede decirse que toda la fe israelítica se cifra en decir que Yahvé es el Dios de Israel e Israel es el pueblo de Yahvé. “Esto desde que Dios por pura gracia lo llamó y posteriormente lo sacó de Egipto y luego hizo alianza con él en el Sinaí”<sup>6</sup>.

Es el pueblo que en diversidad de carismas, ministerios y vocaciones adquiere dignidad común en el bautismo; el mismo que en este hoy de la Iglesia y la sociedad está convocado a la comunión. La categoría pueblo de Dios se convirtió en el símbolo de la eclesiología del Vaticano II. “En ella se sintetiza el giro copernicano operado por el Concilio: el ser y la misión de la Iglesia no gira en torno a la jerarquía, sino que todas las funciones y ministerios de la Iglesia giran en torno a la tarea que ha sido encomendada al pueblo de Dios”<sup>7</sup>.

## La espiritualidad misionera supone un itinerario de conversión

Todos los creyentes estamos convocados a vivir la plenitud de la vocación que cada uno ha recibido en la Iglesia. Cada persona, desde la plenitud de su identidad, es invitada a dar al mundo y a la Iglesia algo inédito, pues las diversas vocaciones son únicas y complementarias. Y todos, desde la verdad de la propia vocación, estamos convocados a la única vocación eclesial que emana del Evangelio: sígueme<sup>8</sup>. Se trata de un imperativo que desinstala, pone en camino y abre horizontes insospechados. Es el descampado del Reino, que exige libertad y asumir la existencia desprovisto de seguridades y comodidades.

En la eucaristía celebrada el 9 de noviembre de 2013, en Santa Marta, el papa evocó la imagen de la *Ecclesia semper reformanda*. Allí dijo que “la Iglesia siempre tiene necesidad de renovarse porque sus miembros son pecadores y necesitan conversión”. No se refería a la reforma como un acto concreto de revisión o actualización de ciertas estructuras caducas, sino a un proceso constante y permanente de “conversión eclesial”, de “toda la Iglesia entera”.<sup>9</sup>

En todos los niveles y dimensiones de la Iglesia debe acontecer el espíritu sinodal y resonar esa llamada a una auténtica reforma. No hay duda alguna: “La sinodalidad hace parte de la esencia de la Iglesia, en cuanto ella participa de la comunión

<sup>6</sup> Amerindia, *Perspectivas de sinodalidad: hacia una Iglesia con rostro amazónico*, 13.

<sup>7</sup> Bueno de la Fuente, y Calvo, *Una Iglesia sinodal: memoria y profecía*, 47.

<sup>8</sup> Sígueme: Mt 8, 22; Mt 9,9; Mt 19,21; Mc 2,14; Mc 10,21; Lc 5,27; Lc 9,59; Lc 18,22; Jn1,43; Jn 21,19; Jn 21,22.

<sup>9</sup> Luciani y Compte, *En camino hacia una Iglesia sinodal. De Pablo VI a Francisco*, 5.

trinitaria. Refutar el principio de la sinodalidad es contrario a la dimensión trinitaria de la Iglesia”<sup>10</sup>.

La gran tarea es ayudar a construir el “nosotros” y eso requiere conversión. La misión que se nos encomienda pasa por ayudar a cada persona a desarrollar lo mejor de sí; que podamos mirarnos como Dios nos mira y valorarnos unos a otros. El encuentro supone conversión, salir de sí e ir más allá de las propias visiones. Los procesos de reforma auténticos se desarrollan poniéndose en relación con el otro y mediante una conversión de las actitudes, que supone ordenar el corazón. Se hace necesario un auténtico reconocimiento de la alteridad a la hora de caminar en sinodalidad. Claro está:

En una Iglesia sinodal no solo se nos pide caminar juntos, sino ante todo aprender a reunirnos, trabajar y discernir juntos. Este es el reto de la sinodalidad que lleva a toda la comunidad eclesial a buscar nuevas formas de interactuar, de integrarse y de tomar decisiones consensuadas en conjunto. La relación entre reforma, conversión pastoral y sinodalidad abre la puerta para discernir el rostro de la Iglesia en este nuevo milenio.<sup>11</sup>

En esta coyuntura eclesial, en esta fase de aplicación del Sínodo sobre Sinodalidad, la Iglesia está ante un proceso, un itinerario de encuentro y conversión, enmarcado en esa necesaria reforma a la que ha convocado el papa Francisco, que exige ubicarse en el lugar de la humildad, reconocer el pecado, las actitudes y modos relacionales que han estado alejados del querer de Dios, porque son verticales y abusivos, poco inclusivos y desprovistos de misericordia. Será necesario un empeño de todos por vencer esas actitudes individualistas, teñidas de narcisismo y suficiencia que tantas veces permean la cultura de la Iglesia y sus modos relacionales.

En esta hora de la Iglesia se experimenta una llamada, afinar la mirada para contemplar la realidad y agudizar el oído para escuchar al Espíritu que no cesa de gemir en los clamores y complejidades de la historia, en los rostros y heridas de los más pobres. Es una llamada a salir, a desacomodarse, a abandonar los estatus de confort y parálisis en los que tantos creyentes están atrincherados. Justamente ahora, en este momento crucial de la Iglesia, en este cambio de época, en el cual la Iglesia ve en juego su futuro, debe abrirse a “un capítulo nuevo de su biografía, debe abrir el dinamismo conciliar, el método sinodal”<sup>12</sup>.

<sup>10</sup> Cipollini, *Sinodalidad tarea de todos*, 37.

<sup>11</sup> Luciani y Compte, *En camino hacia una Iglesia sinodal. De Pablo VI a Francisco*, 188.

<sup>12</sup> Bueno de la Fuente, y Calvo, *Una Iglesia sinodal: memoria y profecía*, 44.

La necesaria conversión a la que esta llamada la Iglesia supone dar el protagonismo al Espíritu, y ha de vivirse desde la centralidad en Jesús y en escucha atenta a la realidad. Urge una conversión pastoral que brote de una espiritualidad profunda.

[Será necesario] repensar y proyectar una pastoral, en clave misionera, en una Iglesia que pasa del paradigma de la sanación del alma, al de la evangelización y la misión, esta es la transición de una Iglesia de servicios a una Iglesia al servicio del mundo y de las necesidades concretas de cada hombre y mujer.<sup>13</sup>

La andadura sinodal supone conversión, y a la Iglesia corresponde ser esa narrativa creíble de lo que la sociedad espera leer en ella. Y eso, de cara al servicio, a la misión, pasa por generar la necesaria dinámica de relación, encuentro en complementariedad y reciprocidad. Se trata de hacer posible el nosotros eclesial.

Todos estamos insertos en esta peregrinación sinodal, convencidos de la necesidad de la reforma. Echarnos a andar con otros en este hoy de la Iglesia nos lleva a construir juntos en la vivencia de una auténtica espiritualidad, conscientes de la identidad de sujetos eclesiales; conscientes de que, por el bautismo y el sacerdocio común, todos tenemos una misma dignidad y estamos llamados a contribuir a la configuración de una Iglesia más sinodal, en la que es —de manera especial— necesaria y significativa la presencia y la misión de las mujeres, los laicos, los pobres y todos los sujetos emergentes excluidos históricamente.

Se trata de adentrarnos en una dinámica de conversión, en un proceso de escucha, reflexión y discernimiento cuyo objetivo es

...volver la Iglesia cada día más fiel, disponible, ágil y transparente para anunciar la alegría del Evangelio. Los desafíos están para ser superados. Debemos ser realistas, pero sin perder la alegría, la audacia y la entrega esperanzada. No nos dejemos robar la esperanza misionera.<sup>14</sup>

La Iglesia, consciente de su identidad de discípula misionera, está invitada a un desborde místico que la conduzca a peregrinar al interior sin tregua, y al exterior sin excusa; que la movilice, la lance, la ponga en camino.

Al abrazar nuestra realidad, en este hoy de la Iglesia, nos hace bien *movernos al ritmo del Espíritu*. Por eso les propongo diez movimientos en clave sinodal.

<sup>13</sup> Leal, *O caminho sinodal com o papa Francisco. A sinodalidade como estilo para uma permanente conversão pastoral*, 87.

<sup>14</sup> Berzosa Martínez, *Inteligencia pastoral en clave de sinodalidad*, 46.

## Movimientos

### Movimiento 1: Permitir que cada uno, al ritmo del Espíritu, aporte su don

Esto conduce a priorizar el discernimiento, como escenario del Espíritu: situarse en atención a las mociones que él suscita; para eso será necesario buscar en el querer de Dios, las bitácoras que actualicen el compromiso y lo hagan pertinente y significativo; ayudar a cada uno a situarse desde su propia vocación, con conciencia del don recibido y sopesando lo que significa su identidad carismática en la construcción del tejido eclesial.

Fruto de lo que suscita este movimiento surge la llamada al compromiso corresponsable en la evangelización y el desarrollo humano integral. En ese sentido,

...en la experiencia de corresponsabilidad de hombres y mujeres en los procesos de edificación del “nosotros eclesial” no podemos sustraernos a la pregunta sobre posibles formas de participación de las mujeres en la custodia de la apostolicidad del anuncio que hace la Iglesia, al servicio de la promoción y garantía de la unidad eclesial, a la palabra pública de anuncio evangélico...<sup>15</sup>

La Iglesia tiene rostro de mujer: las asambleas, los grupos parroquiales, las celebraciones litúrgicas, los ministerios apostólicos de las comunidades, la calidad de la reflexión y la calidez de la entrega de la Iglesia se teje –tantas y tan mayoritarias veces– en el vientre de las mujeres.

Hay que ayudar a que todas las personas con las que hacemos camino, conscientes de la riqueza de su vocación, participen activamente en los escenarios locales, regionales y universales en los que se discierne lo que el Espíritu espera de la Iglesia y de la Universidad Javeriana; a que la misión asumida corresponsablemente ayude a desentrañar la belleza y la posibilidad de cada persona.

### Movimiento 2: Con el corazón centrado en Dios, ser la sapiencial presencia que humaniza

Lo que centra y unifica la vida es la relación personal con Dios. En este hoy de la Iglesia y en la conciencia de que el Reino es el horizonte de sentido, es necesario optar por la interioridad como el fundamento que repuebla de razones para existir. Hoy más que nunca será imposible quedarse en formas y apariencias: es importante ir al fondo, a lo profundo, situarse en modo de trascendencia y desde la mirada contemplativa,

<sup>15</sup> Noceti (ed.), *Diáconas. Un ministerio de la mujer en la Iglesia*, 23.

con la conciencia de que la superficie no permite ahondar en lo radicalmente vital y significativo.

La llamada es a situarse ante la realidad, al modo de Jesús, y eso supone conocimiento interno de su persona, capacidad para hacer resonancia en lo cotidiano de la Palabra de Dios y disposición a configurarse con Jesús en el deseo de hacer propio su proyecto. Hay que reconocer que la vida es consecuencia de la fe que se tiene y hace que cada uno sea el sujeto que es.

En este sentido es necesario seguir impulsando posibilidades reales de acceder a espacios de formación y profundización que nos permitan y permitan a las personas que acompañamos ahondar en la fe, en las hermenéuticas desde las que nos situamos e interpretamos la realidad, y desplegar la riqueza de la espiritualidad que poseemos; la que urge transmitir mediante lenguajes, gestos y actitudes que humanizan y ubican en la cultura del cuidado, en la cual el otro es reconocido en su dignidad, valorado en su diversidad y potenciado desde modos relacionales que humanizan.

Aquí cobra gran importancia la misión de los teólogos, que el *Documento final* del Sínodo de Obispos expresa en los siguientes términos: “...los teólogos y teólogas ayudan al pueblo de Dios a desarrollar una comprensión de la realidad iluminada por la revelación y a elaborar respuestas adecuadas y un lenguaje apropiado para la misión<sup>16</sup>”. También reconoce la necesidad de hacer teología en clave sinodal.

### Movimiento 3: Ser en autenticidad, para ser con otros y permitir que fluya la gracia en libertad

El espíritu sinodal plantea el desafío de hacer que la comunión sea un modo natural de establecer la relación. Se trata de purificar las relaciones y situarse desde la horizontalidad en la que todos caben y la voz de todos resuena para abrir caminos y posibilidades. Esto plantea los retos de fortalecer prácticas creativas de encuentro y optar por lo comunitario como tejido vital que articula, desde el cual urge generar vínculos de hospitalidad y ternura.

Es necesario ubicarse desde la verdad. La misión es la escucha activa, la voz profética, la presencia en la construcción de redes interinstitucionales, intercongregacionales y la proactividad para hacer pactos comunitarios y sociales realistas, contextualizados e inclusivos, en los que se respeten las diferencias, se asuman las distintas culturas, cosmovisiones y estilos de vida, y fluya –en la mística del encuentro– la posibilidad de vivir en autenticidad.

<sup>16</sup> Sínodo de los Obispos. “Documento final. Por una Iglesia sinodal: comunión, participación, misión (2024)” 67.

## Movimiento 4: Ensanchar el corazón hasta que haya lugar para todos

Una Iglesia, una congregación, una universidad o una familia que se reconocen como casa de acogida, con rostro samaritano, están invitadas a optar por la bondadosa cercanía del abrigo ético que dignifica, por el acompañamiento desde la conciencia de ser convocados al encuentro con la realidad, con el otro, con el plenamente Otro. Esto supone receptividad, hospitalidad; y entender desde lo más profundo que este es un tiempo privilegiado para el encuentro, en el que las decisiones éticas responsables y respetuosas de la dignidad humana brotan de la necesaria cultura del cuidado, en la cual se privilegia la relación desde la certeza de la sacralidad de todo lo creado.

En este sentido, en clave de sinodalidad será necesario que, en los espacios de misión, se renueve la opción por la casa común como lugar de la manifestación de Dios: La Tierra, las culturas y los más pobres claman. El cuidado de la casa común no da tregua. Esta es una opción en la que no caben excusas. A todos compete empeñarnos en esta tarea desde la conciencia de la interrelación y la sacralidad de lo creado.

## Movimiento 5: Que el servicio sea desde la Palabra que da sentido, vertebra y abre horizontes de renovación y compromiso

La Palabra de Dios es alimento indispensable en todos los procesos sinodales. Es imperativo hacer lectura de fe, lectura encarnada y liberadora de la realidad, iluminar cada acontecimiento, la totalidad de los procesos y la gratuidad de cada encuentro con la Palabra. Todos estamos convocados a confluir en el lenguaje común que hermana y configura: la Palabra con mayúscula, la que hecha carne habitó entre los seres humanos. El desafío será permitir que esa Palabra, esa Buena Noticia resuene con la capacidad que tiene de sanar, liberar, dignificar, levantar; que en torno suyo se actualice y celebre la comunión.

También será necesario permitir que acontezca –en sencillez, verdad y libertad– la palabra, la narración humana antídoto para la sanación; la palabra como expresión de la vivencia, terapia que sana, que reconcilia, que devuelve el sentido. Permitir que se narre la historia, que el relato dé cuenta de la posición, el sentimiento y los criterios de todos. Esto, desde la profunda convicción de que “la corresponsabilidad y la sinodalidad serían como las dos facetas de la vida eclesial. Esto implica que escuchemos a todos para discernir lo que el Espíritu dice a las iglesias<sup>17</sup>, pronunciar

<sup>17</sup> Borras, *Communion ecclésiale et synodalité*, 144.

eso que –como fruto del encuentro con Dios– resuena con capacidad de fecundar y abrir caminos de novedad y futuro.

### Movimiento 6: La misión contribuye a la transformación

La presencia es el lugar de la gracia. Estar es la condición para la epifanía, para la contemplación de la manifestación de Dios. La presencia afectiva y efectiva hace que las personas y los lugares se constituyen en sagrados, en escenarios teológicos. La gracia habita justo ahí en el lugar de la presencia.

Los nuevos caminos para la Iglesia suponen asumir el talante kenótico de Dios, que en Jesucristo, asume la humanidad (Flp 2,7), para conducir toda la creación a la plenitud de la vida, en comunión con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. La *kenosis* es la raíz de todo proceso de inculturación de la fe, y ello supone salir desde una apertura fundamental que permita acoger la realidad en toda su diversidad y complejidad, sin querer imponer nada. Adentrarse en los territorios, acoger las culturas, debe ser el modo como la Iglesia se disponga para el diálogo.

Aquí se ancla la necesidad de trabajar por una Iglesia más discípula para ser maestra, más hermana que madre. Eso supone dejar las parcelas de la comodidad y ubicarse escuchando, mediando, generando valor y trayendo hasta la mesa de las reflexiones y la construcción colectiva la voz y las culturas de aquellos con los que hace camino.

### Movimiento 7: La misericordia debe ser el dinamizador del compromiso

La opción por Jesús tiene consecuencias y supone construir el Reino, reconociendo la misericordia como dinamizador del compromiso solidario. La salida misionera es el camino, para vivir la plenitud de la vocación recibida. Ubicarse ante la realidad, ante cada persona con entrañas de misericordia, dejarse desacomodar por la realidad, reorganizar estructuras, proyectos comunitarios, currículos y opciones, en función de los ecos de la realidad, es el camino.

Ayudar a que lo que somos conduzca a las fronteras en las que están los más pobres, al descampado, por los territorios de migración y la trata, donde niños y jóvenes ven vulnerados sus derechos y las mujeres sus posibilidades de participación, ahí el Espíritu clama con dolores de parto (Rm 8,22). La universidad tiene que ser el ágora en la que se geste la transformación.

## Movimiento 8: La escucha es el susurro que trae la conversión

Sin la escucha es imposible un servicio al estilo de Jesús.

La escucha, implica, pues una transformación existencial, una conversión, un descentramiento de uno mismo. Así concebido, el acto de la escucha encuentra su plena realización en la dinámica del diálogo, lugar teológico por excelencia, forma típica de nuestra fe bautismal, modo en el que el Dios de Jesucristo se revela comunicándonos algo de su naturaleza comunitaria.<sup>18</sup>

La escucha se constituye en actitud vital, porque ubica en el lugar del otro, ahí donde resuena la palabra y se hacen nítidas las necesidades reales. Escuchar libera de protagonismos, del accionar mediático, populista y mesiánico, de la suficiencia de quien cree tener las respuestas. La escucha abre el camino a la transformación del corazón. Aquí cobra valor el discernimiento, la conversación espiritual y el acompañamiento, indispensables si se quiere generar procesos en los que se compartan las emociones, los sentimientos, las esperanzas y aquello que el Espíritu susurra como aliento capaz de renovar.

## Movimiento 9: La llamada es a la mística del encuentro

La mística del encuentro requiere favorecer la información, la participación, el diálogo, la corresponsabilidad, que se fortalezcan las redes para sostenerse y acompañarse en la vivencia de lo común. El propósito de los procesos sinodales o de las búsquedas comunitarias no radica en lograr consensos, no es un parlamento; lo que se pretende es abrirle paso al Espíritu, permitiendo que la voz de todos resuene y se confluya en lo realmente importante: hallar juntos la voluntad de Dios y hacerse aliados en la defensa de la vida, la Tierra, las causas del Reino.

La necesidad de situarse ante los procesos y construir en medio de contradicciones (en ocasiones, incluso habitando tensiones concretas) requiere aprender a gestionar los conflictos, sin perder la esperanza y sin caer en escepticismos que paralicen.

## Movimiento 10: Todo requiere de tiempo, procesos y paciencia

Los procesos son la posibilidad de desplegar el potencial de la vida. Las acciones aisladas y no articuladas a redes y procesos terminan siendo muchas veces estériles. Por eso es

<sup>18</sup> Barnérias, Forestier et Morel, *Petit manuel de synodalité*, 111.

necesario que en las dinámicas sinodales se generen procesos que posibiliten la continuidad de las acciones: procesos interrelacionados e interdisciplinarios que partan de la realidad, abarquen la vida y den protagonismo a las personas con las que se camina. En la lógica del proceso, la paciencia lo fecunda y lo depura todo. “El cambio ya está en marcha, pero los delicados pasos que debamos dar hacia un escenario inédito requieren un discernimiento de los signos de los tiempos, prudencia y paciencia, y también un coraje perspicaz”<sup>19</sup>.

Somos conscientes de la necesidad de la reforma en la Iglesia y sabemos por experiencia que ello requiere de paciencia porque –con frecuencia– el ritmo de las transformaciones no responde a las expectativas que existen. Se trata de abrazar una espiritualidad que nos permita tener entrañas compasivas y un corazón semejante al de Jesús. Pidamos esa gracia al Señor.

## Referencias bibliográficas

- Amerindia. *Perspectivas de sinodalidad: hacia una Iglesia con rostro amazónico*. Bogotá: Amerindia, 2019.
- Barnérias, Dominique; Luc Forestier; et Isabelle Morel. *Petit manuel de synodalité*. Paris: Éditions Salvator, 2021.
- Berzosa Martínez, Raúl. *Inteligencia pastoral en clave de sinodalidad*. Barcelona: CPL, 2020.
- Borras, Alphonse. *Communion ecclésiale et synodalité*. Paris: CLD, 2018.
- Bueno de la Fuente, Eloy. *Eclesiología del papa Francisco: una Iglesia bautismal y sinodal*. Burgos: Monte Carmelo, 2018.
- Bueno de la Fuente, Eloy, y Roberto Calvo. *Una Iglesia sinodal: memoria y profecía*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2000.
- Cipollini, Pedro Carlos. *Sinodalidade tarefa de todos*. Sao Paulo: Paulus, 2021.
- Francisco. “Carta apostólica a todos los consagrados con ocasión del Año de la Vida Consagrada (2014)”. *Vatican*, [https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost\\_letters/documents/papa-francesco\\_lettera-ap\\_20141121\\_lettera-consacrati.html](https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_letters/documents/papa-francesco_lettera-ap_20141121_lettera-consacrati.html)
- Leal, Sérgio. *O caminho sinodal com o papa Francisco. A sinodalidade como estilo para uma permanente conversão pastoral*. São Paulo: Paulinas, 2021.

<sup>19</sup> Noceti (ed.), *Diáconas. Un ministerio de la mujer en la Iglesia*, 25.

Luciani, Rafael, y María Teresa Compte. *En camino hacia una Iglesia sinodal. De Pablo VI a Francisco*. Madrid: PPC, 2020.

Noceti, Serena (ed.). *Diáconas. Un ministerio de la mujer en la Iglesia*. Santander: Sal Terrae, 2017.

Sínodo de los Obispos. “Documento final. Por una Iglesia sinodal: comunión, participación, misión (2024)”. [https://www.synod.va/content/dam/synod/news/2024-10-26\\_final-document/ESP---Documento-finale.pdf](https://www.synod.va/content/dam/synod/news/2024-10-26_final-document/ESP---Documento-finale.pdf)